

OBRAS Y AUTORES:

Eduardo Moore: Lluvia Helada

Por HERNÁN DEL SOLAR

Ocho cuentos chilenos que dan una ojeada a nuestras tierras, sus gentes y costumbres. No es el primer libro del autor. Se le ha celebrado en otros, que también mostraron su capacidad de aguda observación.

"Lluvia helada", que publica Editores Gabriela Mistral, no atrae nuestra atención sobre un determinado punto de nuestra geografía. El autor, que la conoce sobradamente, como ya lo ha demostrado, da en estas páginas su preferencia a las zonas australes. Poco escritores sitúan en ellas el escenario de sus narraciones. Entre esos escasos autores se hallan algunos de los mejores que poseemos. Es suelo para la vida y la muerte de pobladores esforzados, para el tránsito de aventureros audaces, y constituye un imán que debería atrapar a nuestros narradores. Eduardo Moore lo escoge para el desarrollo de dos de los mejores cuentos del libro: "El Cebra" y "En la Patagonia". En ambos pone el escritor su fuerza, precisión y sobriedad. Sobresalen, indudablemente, a nuestro parecer. Con ellos dos se une al grupo señero de escritores que la costumbre crítica define como criollistas.

Una vez más señalamos que el criollismo no ha caducado. Ni hay razón para que desaparezca. Para eso sería ineludible el arrasamiento de nuestros campos, la súbita desaparición de quienes los habitan, el cataclismo de nuestra geografía. Cualquiera advierte que tal posibilidad es harta improbable.

Eduardo Moore, criollista de buena cepa, no se detiene morosamente como otros de la aludida tendencia a describir rincones chilenos. El campo le atrae —eso es incontestable— pero no le avasalla la atención de manera tiránica, como se ha solido ver. Lo quiere, lo admira, pero este carácter afectivo no le amontona las palabras en torno a un objeto campesino a la figura de una mujer o de un hombre que comparte su rancho con una brigada de chiquillos y una jauría ladradora. Pone sus sentidos —la vista, el oído, el olfato— en las contadas líneas de su descripción, de aquí que basten para que el lugar campesino que muestra tengan plenamente su colorido y su encanto.

Lo que interesa con mayor hondura al escritor, en este libro, es el ser humano con sus vicisitudes, las altibajas de su

suerte. Este interés no se veía tampoco en afanes descriptivos. A veces sólo señala algún gesto, alguna palabra reveladora de una emoción, algún hecho mínimo al parecer que, sin embargo, parece destinado a determinar una vida. Eduardo Moore es sobrio y conoce el secreto de la elección. No malgasta su material. Lo ordena con rapidez y en un detalle cualquiera —convenientemente escogido y presentado— pone el vigor, el carácter de un acto, de un personaje, de una decisión íntima y todavía secreta que llevará a una hora de amor o a la sombra de un crimen.

Todos los personajes son gente común. El escritor los trae al cuento desde modestos ángulos de la sociedad. Nos topamos de repente con ellos, poco se nos hace saber de su pasado, y después de verlos pasajeramente sospechamos que vuelven al anonimato, a una cotidiana existencia nunca asediada por grandes y perseverantes angustias o una honda felicidad que, cuando se aleja, pone en la memoria una huella que tarda en borrarse. Asistimos a unos amores románticos que poseen la pompa verbal y suspirante del sueño de una brillante vida eterna —ni más ni menos— y de pronto, devitalizados, muestran la fisonomía de una siesta sosegada. Pero en los dos cuentos anteriormente señalados —"El Cebra" y "En la Patagonia"— presenciamos dos hechos de una dura realidad. No hay exaltaciones sentimentales ni brillo momentáneo. La vida está ahí captada con la auténtica rudeza del drama vivo. El Cebra es un desalmado asesino que cada cierto tiempo desparra el terror en una amplia esfera rural, después de haber permanecido lejos de todo comentario, de todo fresco recuerdo, como trágico repentinamente por la tierra. El cuento en que aparece tiene como escenario una casa de campo.

Su dueña se halla sola en un corredor y mira serenamente las cosas, habituada como está al aislamiento. Su marido, don Ramón, acaba de partir acompañado de unos peones a la caza del bandelero. Hasta esas horas han sido infructuosos todos los intentos de captura. Una cacería de tal índole está rodeada de peligros. Doña Carlota no lo ignora. Sentada está ahora

en un sofá de mimbre. "Y ahí se queda: las manos cruzadas sobre la falda, como traspuesta, mirando con ojos adormilados el picotear de las palomas en las pajuelas y piedrecillas del patio. Le gusta pasar las horas de siesta en ese frente de los corredores, donde añosas acacias arrojan una sombra fresca y profunda". De improviso, un galope lejano. Se acerca. La señora piensa que se trata de uno de los vaqueros. Pero el visitante es "El Cebra", que pregunta si allí venden vino. El cuentista mantiene su acostumbrada sobriedad. "Es un desconocido: macizo, tez morena, huesuda, patillas negras, cortas y cerradas, ojos pequeños y duros —escribe. Viste una chaquetilla sucia y lleva una chalina ploma envuelta al cuello. La bestia aceza inquieta y brillante de sudor. La señora parece atemorizarse un segundo: tiene una coronada... Después, dueño de nuevo de su calma, le responde en un tono tranquilo, casi con desganar: —Sí, se vende vino".

¿Cómo afronta la mujer a tan peligroso sujeto? No es una heroína. Simplemente, es una mujer de campo que sabe el riesgo que corre si no se comporta con naturalidad, sin vacilaciones. La escena que pinta tan crítico momento está espléndidamente desarrollada por el escritor. No interviene éste con ningún comentario: deja que la vida desahonde todo impulso retórico, que sea exactamente como es. El caso excepcional que enfrenta a un desalmado con una mujer valerosa y tranquila no está desfigurado, se desenvuelve con precisa veracidad y nos indica que el escritor alcanza en estos pasajes una verdadera maestría.

"En la Patagonia" vuelve a permitir al escritor el lucimiento de sus mejores características de narrador: paisaje esbozado con mano firme —telón de fondo indispensable—, observación muy atenta de la realidad, personajes que en un par de trazos y unas pocas palabras se nos aparecen por dentro y por fuera tan auténticos que los tenemos vivos ante nosotros. En este cuento no hay menor dramatismo que en el anterior. El caso —abuso de autoridad, rencor y justicia— nos acerca a una realidad irritante y estremecedora.

Eduardo Moore puede sentir la satisfacción de un quehacer debidamente realizado.

Eduardo Moore, Lluvia helada [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Eduardo Moore, Lluvia helada [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa